



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 22 DE ABRIL DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

Tinta para llenar la plana

PÁGINA EN BLANCO
CARLOS ALEJANDRO

Una hoja de papel que ya ha adquirido su color café, por lo añejo. (Y, se desata el fuego). Nadie ha escrito en ella: abandonada durante años. Hasta que ese lunes, el escritor la arranca de la libreta a la que pertenece y la dobla tres veces, para luego colocarla en la bolsa del saco. Toma una pluma "Bic" con tapón y la mete en la bolsa delantera de su pantalón. Sale de su oficina en el periódico de cadena nacional, cruza la calle y entra a un restaurante. Los olores a pan dulce y chocolate lo llevan a recordar su infancia: en tiempos del entonces reciente televisor a color y los programas de radio, con anuncios como: "Son las once de la mañana, y es muy buena hora para tomarse un Spur".

En el restaurante, se escuchan el motor de la máquina y las aspas que muelen los granos de café, así como el choque de platos y vasos cuando se colocan, limpios, sobre las mesas. Las voces que se escuchan no son de murmuraciones, sino de gritos amplios que pronuncian frases como: "orden tres, lista", "regálame unos huevos rancheros para la cinco". La libertad que se vive en el lugar desconcierta al escritor, contrasta con la esclavitud en la que ha vivido durante las últimas semanas en su oficina. El efecto de tal situación, dentro de su espacio laboral, le desmorona la imaginación y quebranta un poco la salud con la que hasta entonces vivía. Revirará eso; lo entiende y sabe que será legítimo.

Se recrimina el deseo de encender un cigarrillo. Deja quieta la cajetilla en la bolsa de la camisa. Piensa que dejar de fumar le vendría bien a estas alturas de la vida, y se cuestiona si eso lo llevaría a vivir en libertad, con la misma libertad que justo ahora descubre dentro del restaurante. (Alguien deberá apagar el fuego; pero obviamente no le corresponde a él). En su oficina se escuchan gritos, descalabros, torpezas verbales... y sus consecuencias. El escritor comienza a producir, a mano, la historia en el pedazo viejo de papel.

Un estómago abultado se recarga sobre la barra del restaurante; el hombre, con la cabeza baja, va observando las letras del mensaje que va redactando en el teléfono celular. Se trata de un espía de la Autoridad Central. Carraspea, aligerando la garganta, mientras emite un sonido similar al de un eructo. La señorita que le acerca una canasta con pan dulce, duda si ese es el momento adecuado para ofrecerle un pan. El espía, con cabello cano, de cierta facha y zapatillas de tela, lleva varios días siguiendo al escritor. Viste un saco viejo y descocido de las mangas, adecuado para su disimulo como artista plástico: pantalones de mezclilla manchados con pintura, para óleo: roja y azul.

El periodista, en su propia mesa, piensa en la batalla campal que debe estar desatándose en la oficina, en su ausencia. El grupo de fotógrafos del día contra los fotógrafos de noche, todo por una nota falsa publicada por error, junto a la fotografía del Presidente de República Central. La armonía de su



mesa, con la taza de café al centro, nada la destruirá. El sumo consuelo del personal en la oficina hubiese residido en haber confiado en la advertencia del escritor y su intento por remediar el problema, desde días antes. La animadversión contra él cesará algún día: el periodista está tan seguro de ello como del color café de la hoja en la que escribe, iluminada con la luz del día que entra por la ventana. El espía, por su parte, pide un empaque de plástico para su café. Revuelve el azúcar que ha caído al fondo del vaso y comprende que el periodista nada tiene que ver con el caso que investiga.

El periodista, consciente de la presencia de los agentes de Autoridad Central que lo han venido siguiendo durante las últimas semanas, sabe bien que finalmente llegarán los días sin estrés, de vacaciones largas, los más reconfortantes en su vida.

...Y, sin embargo, se reservará esa historia solo para sí mismo: el tiempo hablará por él.

PÁGINA NEGRA
OLGA DE LEÓN

Conoce bien los riesgos que corre cuando escribe; no es un juego, tampoco el último acto de su vida; en todo caso, el penúltimo: como suele decir él, para quien escribir es un acto de dignidad propia. Lo dejaron fuera de la jugada hace años; se repuso y emprendió su propia aventura: pisar callos de los grandes, defender ideas en las que cree con toda la razón puesta en su análisis, señalar intolerancias, azotar la justicia frente a los rostros de los que debían defenderla y se venden al mejor postor: el dinero, siempre el dinero: venga de donde venga: a los corruptos no les interesa de dónde proceda, con que quede en sus bolsillos y el de "los suyos".

Ella no apuesta la vida, sin embargo, corre el riesgo de lo absurdo, lo

insignificante, ridículo o incomprensible: -¡Qué importa!, que el mundo ruede, mientras yo pueda escribir! -Eso se dice cada semana, mientras piensa en que no ha producido un solo libro a pesar de haber manchado más de dos mil trescientas cuartillas, en los últimos años.

Y se enfrasca en la tarea, porque en ello le va la vida. No es, no existe, si no escribe. Por lo menos, no para sí misma. En la página ha ido apareciendo esa clásica mancha de la tinta que la transforma de blanca y perfecta, en algo imperfecto, pero definitivamente más real que la página en blanco.

Supo de la investigación. Ha seguido más o menos de cerca -a la distancia- el curso del proceso. No todo lo sabe ni en el mismo momento, porque no está allí, en la capital, ni encerrada en esa oficina: ¡afortunadamente!, para los intrusos. Pero las noticias corren como el viento. Y no le gusta la lentitud con que se manejan, pareciera que ellos sí juegan: juegan a dejar pasar, dejar hacer: que el tiempo corra, a ver si se olvida el ultraje o se curan las heridas: ¡imposible revertir los hechos!

El lugar de los que abusan de "su poder" a partir de la colusión, solo puede ser uno: guillotina o el señalamiento de sus actos fallidos para exterminar a los que están mucho más allá de los límites de un fin ruin y ventajoso: estar trepado en un ladrillito. Alguien debe mostrarles lo que significa ser "superior" o "jefe", no pintor de brocha gorda que atenta contra una obra de arte.

...La mancha crece. Es lo natural cuando se escribe sobre una página en blanco, una página perfecta. Aún no le satisface lo que logra, su mancha va siendo también muy lenta y bastante imperfecta. ¿Debería asestar un golpe de sorpresa sobre la línea? No. La calma es su mejor estrategia. Todo debe fluir. El sol brilla cada mañana, aunque no siempre lo haga con la misma fuerza, pero allí está, allí estará siempre: aun en los días más

nublados y grises.

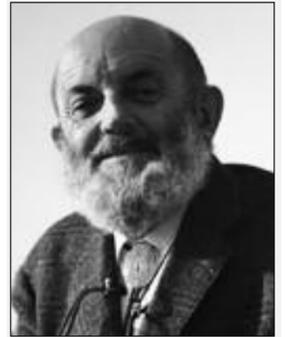
La noche tendió su manto sobre las techumbres del caserío en aquella parte de la ciudad que parecía abandonada de la mano de Dios. Cuán aburrido y repetitivo puede ser esto de escribir con viejas y trilladas frases, pero le encanta usarlas. Y, luego de leerlas y releerlas ella misma, le parece que les dio lustre o una nueva perspectiva: engaños del espejo, o "vanidad de vanidades".

Pero no, no quiere desviarse ni escribir con frases huecas ni aburridas, simplemente sucede, le pasa así. Como cuando se cuestiona si: "¿sabrá alguien más qué pretendo cuando escribo, aparentemente sin brújula? Pueden suponerlo, pero no lo saben con certeza. No con la de cualquiera que sabe lo que quiere y no quiere decirlo: ¡ese es el punto de interés! Que lo vaya descubriendo cada lector. Y que cada uno haga una lectura propia, no tiene que ser la misma la de uno u otro.

Amaneció antes que de costumbre. El sol se le metió en los ojos y ya no pudo retomar su sueño... lo dejó trunco. Y, ¡tan bien que iba! Lo mejor de todo, fue encontrar la página casi totalmente acabada, finiquitada su blancura y manchada con tinta, con tinta salida de las yemas de sus dedos y no del corazón. El asunto no era, no es trágico; no tanto como para matar a nadie. Las cosas tendrán que ir tomando un mejor curso.

No fue a la reunión mensual porque no podía disimular su tristeza, prefirió dejarla pasar: vendrán otras. Si me invitan, estaré feliz de ir; si no, no moriré. Ellas tampoco. ¡La vida es tan complicada! Apenas dejó salir esa frase y se autocorrigió: Los complicados somos los humanos, especialmente para relacionarnos en nivel de amor y respeto: ¿será mejor callar, escuchar y asentir, ad infinitum? ¡Imposible!

El lienzo quedó pleno, la obra será expuesta en el Agora de la Prensa local: "Página manchada de negro".



Ansel Adams

Nacido el 20 de febrero de 1902 en San Francisco, California, Ansel creció en un ambiente social/conservador y pese a ser inteligente, era muy tímido, lo que, unido a la dislexia que padecía, le causó ciertos problemas al intentar integrarse en la escuela.

Adams estudió piano durante varios años, lo que le dio disciplina y estructura. Se inició en la fotografía utilizando una cámara Kodak #1 Box Brownie que le dieron sus padres.

En 1920 se unió al The Sierra Club, lugar vital para su temprano éxito como fotógrafo, pues se dio cuenta de que era mucho más probable que prosperara como fotógrafo que como un concertista de piano; sus primeras fotografías y escritos fueron publicados en 1922 en el boletín del club.

1927 fue el año decisivo para Adams, pues hizo su primera fotografía importante: "Monolith, la cara de la media bóveda", bajo la influencia de Albert M. Bender, un magnate de los seguros de San Francisco y mecenas de las artes y artistas.

El día después de que se conocieron, Bender puso en marcha la preparación y publicación del primer libro de Adams, "Parmelian Prints of the High Sierras", un portafolio de 18 impresiones fotográficas.

La amistad y el apoyo financiero de Bender cambiaron para bien la vida de Adams, ya que sus energías creativas y habilidades como fotógrafo florecieron, y además comenzó a tener la confianza y los medios para perseguir sus sueños.

En 1928 tuvo su primera exposición individual en la sede de San Francisco de "The Sierra Club"; en 1934 fue elegido director del club y ya se le conocía como el artista de la Sierra Nevada y el defensor del Parque Nacional de Yosemite.

En 1930, Ansel Adams conoció al fotógrafo Paul Strand, cuyas imágenes tuvieron gran impacto en él, lo que lo alejó del estilo pictorialista y lo encaminó hacia el estilo de la fotografía directa, donde la claridad de la lente es la base y donde la fotografía ha de sufrir el menor número de retoques.

Colaboró organizando la primera sección de fotografía en el Museo de Arte Moderno de Nueva York, ahí conoció a Beaumont (historiador de la fotografía) y a Nancy Newhall (escritora-diseñadora); tiempo después colaboró con Dorthea Lange para un trabajo de la revista "Life".

En 1941, Adams fue contratado por el Departamento del Interior del Gobierno de los Estados Unidos para hacer fotografías de parques nacionales, reservas aborígenes y otros lugares, para ser usadas como fotografías murales en el nuevo edificio del Departamento en Washington, DC.

Ansel luchó por defender la naturaleza y a sus animales, siendo los paisajes el principal tema de sus fotografías; precisamente por esto fue criticado a menudo, ya que era raro ver a una persona en una fotografía suya.

Sus fotografías reflejan un contraste de sombras y luces, desiertos áridos, grandes nubes y árboles enormes. Ansel Adams murió el 22 de abril de 1984, debido a una falla en el corazón

ad pēdem literae

"Si no te equivocas de vez en cuando, es que no lo intentas."

Woody Allen

Letras de buen humor

"No sólo de pan vive el hombre. De vez en cuando, también necesita un trago"

Woody Allen

Joana Bonet

Con sentimiento y consentimiento

En las relaciones siempre hay un lado luminoso y un lado oscuro", le digo a la chica, apenas 19 años, dentro de un taxi. Ella me responde: "Siempre es oscuro". No decimos nada más. Trae un lamento antiguo y derrama su tristeza en ese auto, un espacio público que por unos momentos convertimos en diván freudiano; la cabeza apoyada en la ventanilla, afuera la noche azul petróleo salpicada por colas de neones. Los taxis son escenarios proclives a las confesiones. El conductor puede estar tan próximo o tan lejano como queramos. Incluso puede ser invisible. "Siempre es oscuro", dice. Parece un verso de Auden. Es Pizarnik, Ajmátova, Plath, Sexton, Vilariño, Joplin, Winehouse. Es Sissi Emperatriz. No hay consuelo. Es la tragedia del amor romántico, cargado de una venenosa expectación. Porque en la mayoría de relaciones de amor adolescentes pesa más lo oscuro que lo luminoso: lo que no se tiene. Lo escribió el gran poeta cordobés Vicente Núñez: amor es con sen-

timiento y consentimiento.

Mucho se ha hablado de la importancia del no en las relaciones sexuales, hasta el extremo de tener que soportar locuciones redundantes en un mundo de adultos: "no es no", repiten una y otra vez las víctimas de abusos en todas las latitudes. Las palabras modifican la vida, y el no es una pieza clave. El no es redentor. Sin él se entiende que hay consentimiento. Que un hombre viole a una mujer -o a otro hombre- desoyendo la negación de su víctima no entraña en modo alguno aceptación. Qué bien lo explica la obra de teatro que se titula precisamente así, Consentimiento, escrita por Nina Raine y dirigida por Magüi Mira en el teatro Valle-Inclán de Madrid, que escarba en aquellas relaciones en las que el silencio no siempre quiere decir sí.

En el curriculum existencial de los llamados millennials, el amor ha conseguido escasos másters. Además de bautizarse en la precariedad, víctimas impotentes ante la crisis, recibieron una



primera educación sexual a través del alud de porno online, y algunos llegaron a creer que el sexo era aquello. Hoy la normalización del machismo entre los jóvenes se dispara. Y muchos de ellos ponen en duda el constructo del amor romántico, hijos de padres con segundas, terceras o cuartas parejas.

Hace unos meses, Jean Twenge, titular de Psicología en la Universidad de San Diego en California, publicó una investi-

gación en la que demostraba que, pese a tratarse (supuestamente) de la generación que concibe la vida en pareja de forma más liberal y disfruta de una sexualidad más desinhibida, fluida, y sin compromiso, los millennials tienen hoy, de media, menos relaciones que nosotros, sus padres. Ocho frente a once, en la misma franja de edad. Y es elocuente su cautela. Su no.